

Los amigos

Cuando se habla de amigos y de amistades, transpórtase en seguida el corazón del cristiano al siguiente versículo del libro de la Imitación: "Nadie puede vivir sin amigos. Tomad y guardad siempre como amigo á Aquel que jamás os faltará." De Jesús, el divino amigo, se trata en estas palabras; y en el libro á que pertenecen hay un capítulo entero con el siguiente título, que confunde de admiración y de ternura: *De familiari amicitia Jesu.*

Y notad, hijos míos, que Dios es el primero que nos ofrece esa amistad; Él es el que viene á nosotros, tendiéndonos la mano, y á pesar de nuestras ofensas y de nuestras ingratitudes, nos dice: "Seamos amigos, yo te invito." No hago más que traducir sus divinas palabras: *Non dicam vos servos, vos autem dixi amicos*: No os llamaré siervos, sino amigos. Y ha cumplido lo que dijo. He leído como vosotros la historia, he aprendido las letras humanas, y he encontrado en ellas amistades hermosas. Con placer he admirado las que la antigüedad nos describe de Aquiles y de Patroclo, de Niso y de Euríalo; y no os haré el agravio de haceros despreciar aquí, en el oratorio, lo que tenemos el deber de haceros admirar en la clase; pero un deber más alto me obliga á deciros que todas esas encantadoras ficciones palidecen ante la realidad que subyuga mi corazón; y esa realidad es, hijos míos, la amistad divina de Jesús y de Lázaro. Y cuando leo en San Juan estas palabras, que no parecen las de un Dios, al hablar de un humilde mortal: "Nuestro amigo duerme; *amicus noster dormit*"; y estas otras: "Ved cómo le amaba: *¡Ecce quomodo amabat eum!*" y sobre todo, éstas: *¡Et lacrymatus est Jesus!* siento que se conmueven mis entrañas, me enternezco, adoro, porque nada encuentro que se parezca á esa amistad de un Dios para con un hijo de los hombres, cuyo sepulcro humedece con lágrimas adorables. Es la consagración; diré más, es la deificación de la amistad en este mundo. Ese es, hijos míos, el ideal supremo, el divino modelo de la amistad. Toda amistad que á ella se aproxime, es buena; la que de ella se aparte, es mala. Es preciso, pues, que comencemos á distinguir una de otra. ¿Cuál es la amistad buena? ¿Cuál es la amistad mala? Lo sabréis, hijos míos, si estáis atentos á lo que voy á deciros, á lo que acerca de la amistad se me ocurra, al correr de las ideas, pues, una vez más, voy á deciros que no pretendo pronunciar discursos para vosotros; trato sólo de hacerme entender mediante una conversación casi familiar.

I

Los lazos de la amistad pueden ser de diversos géneros; podemos ser atraídos por los sentidos ó por el corazón, por la materia ó por el alma. De aquí dos especies de amistades que se parecen la una á la otra, como las tinieblas á la luz.

¿Qué amáis en vuestro amigo? Tal vez su alcurnia, su origen, la distinción de su persona, el brillo de su nombre, la consideración de su familia. Pero de este modo ¿amáis á vuestro amigo ú os amáis á vosotros mismos? Vuestra amistad no es amistad, es orgullo.

¿Qué más amáis en vuestro amigo? ¿Su fortuna, su bolsillo, su posición, de la que esperáis sacar partido un día, en provecho propio? Vuestra amistad tampoco es amistad, en este caso, es ambición.

Pero no, nada de esto se ama á vuestra edad; el lazo que os engaña es más sutil en apariencia, más grosero en realidad. Os seducen las apariencias. Demos su nombre propio á esas amistades nocivas: son amistades sensibles que ofrecen gran peligro de convertirse en amistades sensuales: es necesario que os lo diga. Son amistades que engañan, al principio sobre todo. No se ve en ellas más que una relación de atención, de poesía, de delicadeza, ó lazos de religión y de piedad y sentimiento. ¡Ilusiones de la inexperiencia! Estamos bien convencidos, y os lo podemos decir por haberlo observado cien veces: esos caminos llanos, cubiertos de hermosas y fragantes flores, terminan en el fango, y el término no está muy distante. No os sorprendáis, si somos severos, si nos mostramos hasta implacables ya desde el principio con semejantes intimidades. Lo somos, porque vemos claro. Detrás de esas intimidades, de esos obsequios, de esas relaciones, de esas comunicaciones, de esas citas, de esas familiaridades y de esas libertades, sabemos muy bien lo que se oculta: no es el ángel, es la bestia.

Todo eso denota mollicie. Y declara San Pablo que los corazones afeminados, *molles*, no entrarán en el reino de los cielos. Y yo, por mi parte, les advierto que no hay lugar para ellos en un colegio cristiano. Que lo sepan: en esto es incesante nuestra vigilancia é inexorable nuestra severidad. No perdonaremos trabajo para preservar nuestra casa de esas miserias, contra las cuales, gracias á Dios, nos hemos defendido bien hasta la fecha. Cuando tales lazos no se rompen por sí mismos, los rompemos nosotros, y no hay más que decir.

Hay diversas clases de amistades malas: además de las que proceden de los sentidos, de las cuales acabo de hablar, hay otras que nacen del espíritu de independencia y de rebeldía; las que conspiran contra el buen orden y contra el reglamento del colegio, que constiuyen lo que se llama el mal espíritu. Volveré á hablarlos de este asunto. Por ahora debo decirlos que no hay una sola de esas amistades de las que no debamos desconfiar, porque no hay una que deje de ser mortal con el tiempo. No os lanzan de repente al fondo del abismo, pero os conducen á él lentamente y paso á paso. Os atraerán al principio con la lisonja, con las diversiones, con el interés tal vez, y con esa fascinación propia de las peores serpientes. Os seducirán el talento, la sal, la amenidad y la distinción exterior de aquel joven que busca vuestra compañía. Hasta llegaréis á creer que vais á hacerle un bien,

no viendo que os arrastra y pervierte. Se comienza por familiarizarse con el mal. Escucháis, sonreís, habláis la misma lengua, ¡y qué lengua, hijos míos! Después, en un momento dado, en en ocasión oportuna, viene el mal ejemplo y os hace sus víctimas: sois ya almas cautivas; mañana seréis almas muertas. Llena está la historia de estas muertes de las almas; es la historia de las victorias del demonio en el mundo. La leyenda hizo de ellas su asunto en la Edad Media. La de Fausto no es otra cosa que la historia simbólica de un joven de talento y hasta de genio que entrega su alma á un amigo perverso. Y ese amigo perverso, ese seductor, Mefistófeles, es el diablo. La verdad es que una vez que os dais á un amo semejante, ya no os pertenecéis; sois su presa; no sois vosotros, sois él mismo. Y supuesto que acabo de nombrar las poesías de la Edad Media escuchad una que expresa admirablemente esa posesión, esa absorción de vuestro ser total, en el ser indigno á quien os habéis entregado.

Dante, el gran poeta florentino, describe en su infierno la horrible transformación de un condenado, en serpiente: "La serpiente, dice, rodeó al desdichado, enlazándolo enteramente. Jamás la hiedra se une tan apretadamente al árbol, como la horrible bestia al cuerpo de aquel hombre. Uno y otra se fundieron como si fuesen de cera derretida. Y los compañeros de la víctima la contemplaban, exclamando: "¡Ay! ¡Ángel, cómo cambias!" Y en efecto, ya las dos cabezas no formaban más que una, los rasgos se confundían en una sola figura, en la cual se perdían los dos seres, y esta forma nueva marchaba á pasos lentos. El alma se había convertido en serpiente, y su horrible compañero le decía: "Quiero que te arrastres por este sendero como yo."

Y yo, á mi vez os diré: ¡Oh joven, oh ángel, que te entregas al amigo perverso! ¡Cómo cambias! La metamorfosis comienza ya; bien pronto formarás con él un solo ser, ¡y qué ser! ¡Desdichado! ¡Cómo te arrastras!

Afortunadamente esto no es fatal. Con la gracia de Dios podremos desembarazarnos del abrazo de la serpiente; y así debemos hacerlo. Debemos hacerlo pronta, enérgica y generosamente, cueste lo que cueste; debemos hacerlo sin reservas, sin vacilaciones, irrevocablemente. El P. Lacordaire felicita por haber obrado así, á un joven en la siguiente carta de contestación: "Me hace saber tu carta que has roto todo lazo de amistad con algunos de tus camaradas, cuya conversación era poco conveniente por lo que toca á las costumbres. Te felicito con toda mi alma por esta resolución, porque, créelo, depende toda nuestra vida de las personas con quienes vivimos familiarmente. La familiaridad nos acostumbra á las cosas lo mismo que á las personas, haciendo que lo que al principio nos parecía odioso y abyecto, acabe por entrar á formar parte de nuestros propios hábitos. Se extenua el oído, pierde su pudor el corazón, y se extingue la claridad del espíritu: se concluye por amar lo que se

aborrecía ; y de las palabras se pasa á las obras que acaban por corrompernos. Tal es la historia de la propagación del mal sobre la tierra. Estoy contento de saber que te has apartado de esos jóvenes, y que te has aproximado en cambio á otros más dignos de ti."

II

Gracias á Dios, hay, hijos míos, otra clase de amigos, hay amigos buenos. De éstos voy á hablaros ahora ; pues si es cierto que nada hay peor que una mala amistad, cierto es también que nada hay mejor que una amistad buena. La Escritura tiene expresiones entusiastas para el fiel y verdadero amigo. Es la protección y la fuerza, *amicus fidelis, protector fortis* ; el bálsamo de la vida, *amicus fidelis, medicamentum vitae* ; el bien incomparable *amico fidelis nulla est comparatio* ; la verdadera felicidad, *beatus qui invenit amicum bonum*. ¿Dónde encontrar un sentimiento que haya recibido de la Escritura elogios tan admirables? Y justos son en verdad, porque ¡qué cosa tan rara y tan hermosa es la amistad! ¿Qué largas existencias no ha embellecido? ¿Qué existencias heridas no ha consolado? ¿Qué metamorfosis ha dejado de obrar? A la amistad verdadera pertenecen las únicas páginas inmortales que sobrenadan en el océano de los siglos. ¡ Dichosos son los que la han conocido! Dichosos los que han reposado á la sombra de ese árbol de vida que da flores aun en la estación de las escarchas. Los que de ella gozan, podrán ser un día seres extraviados; no serán seres malvados; los malvados no tienen amigos. La amistad nace de la bondad, la trae á la vez; digno de amor es el corazón que ama.

Cicerón, en su hermoso libro *de Amicitia*, define la amistad, diciendo que es: "sociedad de cosas divinas y humanas." Hermosa definición que puede ser adoptada por nosotros, bautizándola, si es dado hablar así. Bueno es que en esa sociedad se conceda una parte á las cosas humanas, comunidad de pensamientos, de alegrías y de tristezas: Cicerón lo hace ver con gran claridad al describir el afecto de Escipión y de Lelio. Pero en cuanto á las cosas divinas, no se da cuenta exacta el filósofo. Cicerón era pagano. Tiene necesidad de que se le complete; y en este asunto hay alguien que se ha expresado mejor que él.

Era un santo monje de la edad media, y que escribió un tratado acerca de la *Amistad*. Se llamaba Aelredo, y vivió en el siglo XII, siendo Abad del monasterio cisterciense de Riedval, en Inglaterra, y en la diócesis de York. Como vosotros, durante sus estudios, había leído á placer el libro de Cicerón; pero más tarde, siendo ya religioso, se sorprendía de no hallar en él los mismos encantos: "Y es que, dice él mismo, ya no hallaba gusto donde no sentía la miel del dulcísimo Jesús." Escribió, pues, el libro *de Spirituali Amicitia*, en forma dialogada, y comienza con las siguientes palabras que lo dicen todo: "¡*Ecce ego et tu, et spero quod tertius inter nos Christus sit!* Hémos aquí á ti y á mí,

dice Aelredo á su amigo, y espero que entre los dos habrá un tercero, Jesucristo": Jesucristo, nudo de la amistad, Jesucristo, nudo sagrado, Jesucristo, nudo divino: tal es, hijos míos, el fondo de ese libro, uno de los más delicados de la mística cristiana. La conclusión de Aelredo es que no pudo Cicerón conocer la verdadera virtud, puesto que ignoraba su principio y su fin, que es Cristo (1).

Pues bien, hijos míos, nosotros, que por la gracia de Dios conocemos á Jesucristo, haremos que Jesucristo sea base y cima, principio y fin de nuestras amistades. Jesucristo, modelo y tipo sobrehumano de la amistad, manantial de la amistad, término de la amistad, conservación y preservación de la amistad; la gracia de Jesucristo, la oración á Jesucristo, y, por encima de todo, la comunión de Jesucristo: tal es el lazo precioso del que ha escrito San Francisco de Sales: "Es preciso unir nuestros afectos con la cadena de oro del amor puro y santo." Aelredo dijo bien: "Entre nuestro amigo y nosotros colocaremos á Jesucristo: *spero quod tertius inter nos, Christus*." La imagen cristiana de la amistad será para nosotros la de Pedro y Juan, sentados á la mesa de la Cena, con Jesucristo entre los dos; será la de los dos discípulos, cuando iban á Emmaús, y entre los dos Jesús, que iba por el mismo camino, que tomó parte en su conversación, y cuya divina palabra iluminó los espíritus y abrasó los corazones. Y puesto que quiere Cicerón formen parte de la sociedad común de los amigos las cosas divinas, entre ellas colocaremos esos tres bienes que se llaman fe, esperanza y caridad. No habrá así amistad superior á la nuestra: será una sociedad en comandita, cuyo capital social será constituido por todos los tesoros del cielo.

En primer lugar la fe. No tomaréis, no aceptaréis por amigo más que al que crea lo que creéis vosotros. *Una fides, una misma fe*, tal es el primer artículo del código de la amistad, al que debéis ser siempre fieles. Y verdaderamente, hijos míos; ¿es posible imaginar una amistad, una sociedad con diferentes creencias? ¡ Dos espíritus ligados el uno al otro, y que no están acordes en las cuestiones fundamentales de este mundo y del otro! ¡ Dos hombres que hacen juntos el viaje de la vida, y que, no estando de acuerdo ni sobre el camino que hay que tomar, ni sobre el punto á donde se dirigen, no tienen más remedio que cuestionar en el camino ó callarse! Y, si esto es estar unidos, ¿qué se llamará desunión?

Si alguno pretende obtener vuestra amistad, y notáis que, educado en diferente escuela que vosotros, no piensa como vosotros respecto de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, de la fe y de la ley divina, ni practica lo que practicáis vosotros, "romped, romped todo pacto con la impiedad"; ese incrédulo, ese libre-

(1) Constat Tullium verae amicitiae ignorasse virtutem, cum ejus principium finemque, Christum videlicet, penitus ignoraverit. (AELREDO. *De Spirituali Amicitia*. pág. 66o, Apud Patrolii. Edit. Migno. & CXCIV).

pensador jamás podrá ser vuestro amigo, hasta podrá convertirse en el más peligroso de vuestros enemigos, despojándoos poco á poco del manto de la fe, de que se ha despojado él primero; es la historia de muchas deserciones; y ¡qué de secretos cómplices encuentran entre nosotros mismos esas deserciones!

Haced más todavía: asociad vuestra fe, y guardadla de este modo contra el mundo, contra la indiferencia y contra las blasfemias del mundo; ésta es la eficacia de la amistad cristiana en un siglo como el nuestro. San Pablo dice que la fe es nuestro escudo protector. Y debéis acordaros de haber leído en los historiadores clásicos que cuando los antiguos tomaban por asalto una trinchera, juntaban los escudos, apretándolos los unos á los otros para formar un caparazón impenetrable á los dardos, á lo cual llamaban hacer "la tortuga." Haced vosotros la tortuga contra los asaltos de la incredulidad.

No he de recordaros la sociedad de fe que formaron, contra el paganismo griego, aquellos dos estudiantes de Atenas, que se llamaron Basilio y Gregorio de Nazianzo: conocéis su historia. Mas, sin ir tan lejos, os aconsejaré que leáis en la vida del P. Olivaint, mártir de la Comuna, lo que hicieron para conquistar, para conservar, para defender y para propagar su fe, tres amigos, tres discípulos de la Escuela Normal Superior, uno de los cuales era el futuro mártir Pedro Olivaint, y los otros dos Félix Pitard y Carlos Verdière, los más brillantes discípulos de aquella célebre Escuela. Es verdad que, al principio, ésta los designaba con el nombre de "bandada de pollos." Pero estos pollos tenían á la vez tanto valor y tanta bondad, que fue necesario contar con ellos; y si no se les imitó siempre, se les respetó siempre al menos. Bien pronto se les dio su verdadero nombre: "los católicos," verdadero título de honor. Al mismo tiempo se les daba otro nombre entre los pobres: fueron, con algunos otros, los primeros fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Asociad vuestra esperanza; es el segundo de los bienes que es necesario poner en común en la amistad cristiana. Poned en común vuestras esperanzas de la tierra. Decid: "¡Trabajemos de común acuerdo, esforcémonos para conseguir un lugar entre los hombres, y ayudémonos, y recorramos juntos el camino!" Sí, hijos míos, con tal que sea camino recto. Pero, sobre todo, unid vuestras esperanzas del cielo: "Amigos, la vida es un viaje; no nos engañemos sobre su término. Su término no es la fortuna, ni la gloria, ni el placer, ni el poder: ¡*Excelsior!* ¡Más alto! Adelante, al paso, y dándonos la mano." Tales eran poco más ó menos las pláticas de dos amigos, de dos gentiles hombres españoles del siglo xvi, que fueron discípulos de la universidad de París, que podían fundar, por su propio mérito, las más bellas esperanzas humanas, el uno en la ciencia y el otro en las armas. Pero el de más edad decía al más joven, el soldado decía al doctor: ¿*Quid prodest?* ¿Qué aprovecha todo eso? ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? Tal era la

amistad de Ignacio y de Javier, amistad que desdeñaba la tierra, y que miraba al cielo.

Vuestra amistad debe ser, finalmente, una sociedad de caridad, de caridad afectiva y efectiva, según se expresa la misma escuela, es decir, que entre amigos debéis amaros y debéis servir.

Amaos, pero en Dios; y á este propósito, os repetiré una hermosa frase de San Agustín: *Si placent animae, in Deo amentur*: ¿Os agradan las almas? Amadlas en Dios. Y es que, dice, esas almas y esas amistades cambian fácilmente por sí mismas; pero se fijan y se consolidan en El: *Quia et ipsae mutabiles sunt, et in illo fixae stabiliuntur*. Y más tarde, en un raptó de ardiente amor, exclama San Agustín: "Amaos, pues, así; id, tomad todas las almas que podáis, y decidles: ¡Oh, almas! A El es preciso que améis; en El debe reposar vuestro corazón para encontrar la paz: *In illo ergo amemur, et rape ad eum quas potes, et dic eis: Hunc amemus, requiescite in eo et quieti eritis*." Confesad, hijos míos, que con estas palabras nos colocamos muy lejos de Cicerón y muy por encima de él.

Amar, os he dicho, es servir. ¿De qué os servirá la amistad tal cual yo os la deseo? Os servirá para edificaros, para corregiros y para ayudaros.

Os edificaréis recíprocamente con los buenos ejemplos. Los amigos deben trabajar por aventajarse en virtud; para mí la amistad es un certamen de virtud y de perfección. "Mi amigo es mi conciencia superior, ha dicho alguien, Leo mi deber en su vida. Sus ojos me dicen si he obrado bien. Y siento que jamás tendré alientos para obrar mal, ni para dejar de pensar bien." Os corregiréis el uno al otro. Cuando decline vuestro amigo en el camino del deber, reprendedle, advertidle y salvadle. ¿Quién lo hará mejor que vosotros? ¿Quién lo hará, si vosotros no lo hacéis? Así nos lo manda el Señor: "Si comete una falta vuestro hermano, *vade et corripe eum inter te et ipsum solum*; reprendedle, porque es vuestro hermano; pero reprendedle como á un hermano. Y si os escucha, ¡qué dicha tan grande la de haberle salvado! ¡Qué felicidad para vosotros! *Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum*."

Finalmente, es preciso que os ayudéis los unos á los otros: el fabulista ha dicho que es ley de la naturaleza, y muy especialmente ley de la amistad. Debéis ayudar á vuestros amigos con vuestras luces, con vuestro talento, con vuestras obras, con vuestra fortuna, y si necesitan más, si son necesarios vuestros sudores, vuestras lágrimas y hasta vuestra sangre, ¿creéis que os compadecería yo? La historia, la poesía y el arte han consagrado tales sacrificios. Y Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que no hay amor más grande que dar la vida por aquel á quien se ama.

Y aquí hago punto; mil recuerdos de todas las regiones de los anales humanos llegan á mi imaginación y la invaden por todas partes. Se refieren á la amistad en la Iglesia: leed á Mon-

talembert en su *Amistad en el claustro*; se refieren á la amistad en los calabozos: acordaos de Silvio Pellico y de Maroncelli; prisioneros; á la amistad sobre el cadalso: acordaos de Cinq-Mars y de Thou; á la amistad en la gloria: mirad en Weimar el bronce que representa á Goethe y á Schiller colocados sobre el mismo pedestal, y dándose la mano; y á la amistad en el martirio: acordaos de Polieucto y de Nearco.

Dante ha ido más allá: ha celebrado la amistad del otro mundo. En él encuentra el poeta á Cassella, su antiguo amigo; se reconocen, se abrazan, y no pueden separarse uno de otro: "Me he despojado del cuerpo, dice el alma de Cassella, pero no por eso te amo menos de lo que te amaba (1)." Le pide entonces Dante que cante una de aquellas canciones de la tierra. "Y mientras cantaba, dice, mi maestro Virgilio, las almas y yo no pensábamos en otra cosa, y marchábamos lentamente, escuchando su voz."

Pero no estamos en el cielo, hijos míos; estamos todavía en la tierra, entre los combates de la tierra, y por lo tanto prefiero poner ante vuestros ojos otro cuadro, un cuadro pintado por Benouville, en un hermoso lienzo que representa á dos jóvenes cristianos entrando al anfiteatro. Allí están aquellos neófitos, con la gracia y la fuerza de su adolescencia, juntas las manos, tranquilos, abriendo los ojos puros como el cielo azul, mientras que en su derredor el inmenso público, escalonado sobre las gradas del circo, les espera para verlos morir. Estudiadlo bien, hijos míos; más que cuadro es un espejo: el anfiteatro es el mundo; el combate es la vida; el martirio es el deber, y los jóvenes amigos que se dan la mano para ir juntos al cielo sois vosotros; si así lo queréis, amigos míos muy queridos, ¡sois vosotros!

MONSEÑOR BAUNARD

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA —
CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20 ...

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ...

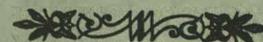
Número atrasado..... 30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

(1) Risposeni cosi com'io t'amai
Nei mortale corpo, cosi t'amo sciolta. (*Purg. cant. II 30*).



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico